Vol. 12, n° 24, julio-diciembre 2026 | ISSN: 2448-5241



# Antrópica

## Revista de Ciencias Sociales y Humanidades



FACULTAD DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS. UADY

# Misky munay, k'achi munay[1]: Masculinidades, parejas y producción en un sector florihortícola en Argentina

*Misky munay, k'achi munay: Masculinities, Couples, and Production in a Floricultural–Horticultural Sector in Argentina*

**Nuria Caimmi**
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) (Argentina)

**Resumen**

Este artículo analiza los modelos de masculinidad en el cordón florihortícola platense, principal zona de producción de hortalizas y flores de Argentina, habitada mayoritariamente por familias migrantes bolivianas. A partir de un enfoque etnográfico basado en observación participante, entrevistas en profundidad y registros digitales, se indagan las formas de ser varón que se construyen en este contexto productivo. El análisis permite caracterizar una masculinidad asociada a la disciplina, la potencia, la ostentación y la pertenencia a redes masculinas, a la vez que aborda las relaciones vinculares de pareja en las quintas, donde se expresan jerarquías y desigualdades que afectan la existencia de las mujeres. Se sostiene que este modelo de masculinidad se articula con la racionalidad productiva intensiva florihortícola y con procesos de racialización y exclusión social del sector. El texto combina hallazgos de una investigación doctoral en curso con experiencias de participación territorial, proponiendo líneas de intervención.

**Palabras clave:** Antropología del género; Migración boliviana; Relaciones de pareja; Cordón hortícola platense.

**Abstract:**

This article explores models of masculinity in the florihorticultural belt of La Plata, Argentina's main area for vegetable and flower production, predominantly inhabited by Bolivian migrant families. Drawing on an ethnographic approach that includes participant observation, in-depth interviews and digital records, the article investigates how masculine identities are constructed in this productive context. The analysis characterises a model of masculinity linked to discipline, strength, ostentation, and male peer networks, while also addressing the relationships between couples in the farms, where hierarchies and inequalities deeply shape women's lives. It is argued that this form of masculinity is closely intertwined with the intensive logic of florihorticultural production and with broader processes of racialisation and social exclusion. The text combines findings from ongoing doctoral research with experiences of territorial engagement, and proposes locally grounded lines of intervention.

**Keywords:** Anthropology of gender; Bolivian migration; Couple relationships; Platense horticultural cordon.

1 Expresión en quechua que significa "amor dulce - amor violento". Una parte significativa de las personas que conforman el sector productivo de estudio provienen de lugares donde se habla quechua, aunque no todxs son hablantes activxs. Por esta razón, el título del artículo, formulado en quechua, no remite a una expresión literal o cita directa de las personas entrevistadas, sino que funciona como una figura poética y metafórica que busca reflejar la sensibilidad, los afectos y las tensiones que atraviesan los vínculos y las masculinidades en este espacio.

DOI: https://doi.org/10.32776/arcsh.v12i24.557
https://orcid.org/0000-0003-0753-1392
nuriacaimmi@gmail.com

Recepción: 26 de julio de 2025 | Aceptación: 04 de junio de 2026
© 2026 UADY. Esta obra es de acceso abierto y se distribuye bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

## Introducción

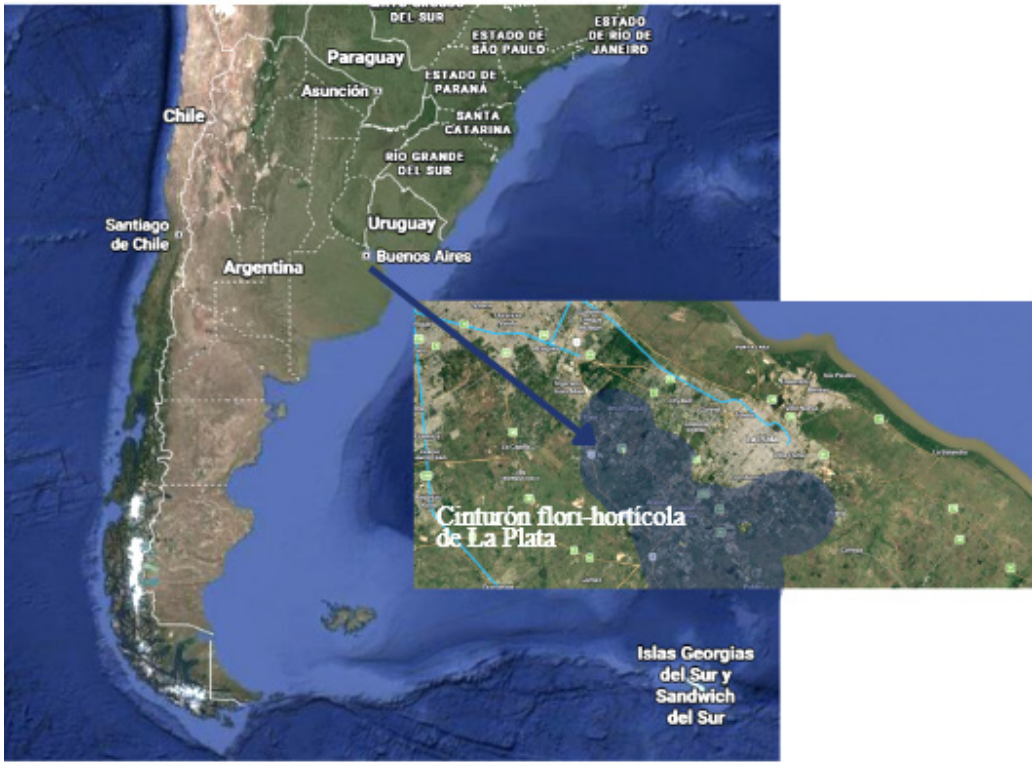
> Aquí los hombres son así, yo para eso ni quiero. Están con otras mujeres, van y se emborrachan, alardean su ganancia con otros hombres y vuelven con ganas de pelear. A veces les pegan a sus mujeres (...). Algunos me ven trabajando sola en la quinta y me preguntan: "*Doña Elodia, ¿por qué usted trabaja solita? ¿Cómo no se consigue un hombre?*" Y yo les digo: "¿*Y eso, para qué*?" (Registro de campo, abril de 2025).

Elodia tenía 49 años y había migrado desde Bolivia al Gran La Plata (provincia de Buenos Aires, Argentina) doce años atrás junto a sus hijxs[1]. Desde que se separó no había vuelto a establecer una relación de pareja, una decisión que generaba asombro y preguntas recurrentes en su entorno. En el trabajo de campo de esta investigación, Elodia se destacó como una de las voces más críticas hacia el modelo de masculinidad predominante; una crítica que formulaba en palabras y que encarnaba cotidianamente en su decisión de no vincularse emocionalmente con un varón. La cita recuperada, tomada de una conversación informal, condensa varios de los ejes que guíarán este artículo.

Esta investigación se sitúa en uno de los principales epicentros de producción de alimentos y flores del país, el cordón florihortícola platense, ubicado en el periurbano de la ciudad de La Plata (Figura 1). Se estima que su superficie abarca entre 4900 y 6000 hectáreas productivas, la mitad de ellas a campo y la otra mitad bajo cubierta, utilizando la tecnología del invernáculo (Banzato y Prieto, 2023), lo cual la ha configurado como el el principal sector nacional de producción bajo esta modalidad, con casi 6.000 personas que trabajan allí (Relevamiento Florihortícola Platense, 2025). La región se destaca por ser la más capitalizada, tecnificada y de mayor intensidad productiva del país (García, 2015) y su importancia radica tanto en la cantidad de explotaciones como en el volumen de producción, que no solo abastece de hortalizas, flores y frutos a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y los municipios del Gran Buenos Aires, sino que también provee a otras provincias del país (Benencia, 2006; Relevamiento Florihortícola Platense, 2025).

1 A lo largo del texto, emplearé la "x" como marca gráfica para aludir de forma inclusiva a personas de todos los géneros, evitando el uso exclusivo del masculino genérico.

Figura 1: Área de estudio. Cordón florihortícola platense (Argentina)




Nota: fuente personal

Al igual que en otros cinturones productivos argentinos, la migración boliviana y del norte del país ha tenido un rol central (Benencia, 2006), ocupando posiciones clave en la producción, logística y comercialización en ferias, puestos y verdulerías (Trpin y Pizarro, 2017). Muchas de estas personas provienen de espacios rurales e indígenas de Bolivia y del noroeste argentino, entramado migrante donde aparece la lengua aymara, guaraní y quechua que hace parte del título de este escrito. Debe considerarse también que la génesis de este espacio estuvo atravesada por relaciones de explotación y abuso en el derrotero hacia el cordón platense, donde rasgos, expresiones, vestimenta o lengua operaron frecuentemente como marcador de subordinación. Más allá de las diferencias socioeconómicas o de posición, numerosos estudios han mostrado que lxs migrantes de origen boliviano continúan siendo objeto de segregación, precarización y estigmatización en Argentina (Pizarro, 2014; Grimson, 1997). Como señaló Sergio Caggiano (2023), el racismo en Argentina adopta formas amplias y escurridizas, expresándose principalmente a través del "*racismo por apariencia*", que se organiza en torno a la visibilidad de los cuerpos, color de piel, fenotipo, gestos o modos de vestir como marcadores de posición social, y del "*racismo por negación*" que actúa por debajo del lenguaje institucional, negando la propia existencia del racismo al sostener que "*no hay razas*" y por ende, tampoco sujetxs racializadxs (Caggiano, 2023).

En este sector, la unidad doméstica suele coincidir con la productiva, aunque dentro de un mismo predio puedan convivir distintas familias, cada una con su parcela. Estas parcelas, comúnmente llamadas quintas, tienen por lo general entre una y dos hectáreas y están destinadas a una producción convencional intensiva, basada en paquetes tecnológicos y con escasa diversidad productiva (Figura 2). Esta modalidad implica una exposición constante a tóxicos, con graves consecuencias para la salud (García, 2012). La mayoría de quienes producen son inquilinxs, es decir, viven en la tierra con contratos de alquiler informales, breves y frágiles, que suelen prohibir dejar construcciones al abandonar el predio. Esta situación obliga a habitar viviendas desmontables, precarias y con servicios básicos provisorios (Lemmi y Muscio, 2023) (Figura 3). Desde hace poco más de una década, comenzaron a registrarse procesos de transición agroecológica en la región, impulsados por organizaciones, instituciones públicas y universitarias (Sotiru, 2023). Aunque el número de unidades productivas certificadas como agroecológicas es bajo, cercano al 1 % de las 6.000 unidades productivas del cordón, durante el trabajo de campo se registraron prácticas agroecológicas también en establecimientos convencionales (Caimmi, 2025).

Figura 2. Quinta hortícola bajo cubierta (invernadero). La Plata.



Nota: fuente personal

Figura 3. Vivienda en quinta hortícola. La Plata. Autoría propia.



Nota: fuente personal

Este artículo busca responder algunas preguntas que emergieron durante el trabajo de campo y en la participación en organizaciones del sector: ¿existe un modelo de masculinidad específico en los espacios quinteros del Gran La Plata?, ¿por qué se configura este modelo y no otro?, ¿cuáles son sus atributos más valorados y cuáles son deslegitimados?, ¿cómo se aprende y reproduce?, ¿qué efectos tiene sobre las relaciones de pareja? Con estos interrogantes, el objetivo del manuscrito es analizar las formas de construcción de las masculinidades entre productorxs del cordón florihortícola platense, a partir de narrativas, escenas y relatos producidos por mujeres, a través de los cuales los varones son nombrados y evocados. Esto confiere al estudio un carácter relacional, aproximativo, que busca comprender las formas en que las subjetividades masculinas son construidas, pensadas y puestas en cuestión.

El artículo se organiza del siguiente modo: en primer lugar, se presenta la metodología, seguida por algunas coordenadas teóricas con las cuales se dialogará. Luego, se aborda el análisis del material empírico para profundizar en las tramas relacionales y las formas de ser varón en este lugar. Se culmina con reflexiones y posibles intervenciones que se desprenden de esta investigación.

## Metodología

El enfoque teórico-metodológico adoptado es la etnografía, entendida como una herramienta para "*documentar lo no documentado*" (Rockwell, 2009: 66), dado que permite captar y analizar fragmentos del mundo social desde la mirada de lxs actorxs, integrándolos de forma coherente en los resultados de investigación (Balbi, 2012). Se emplearon técnicas como observación participante, entrevistas abiertas y en profundidad, y etnografía digital, como el relevamiento de contenidos en redes sociales, estados y grupos de WhatsApp. El trabajo de campo comenzó en 2021 y continúa en el presente, acompañado por la participación en instancias orgánicas y formativas del sector.

La selección de los participantes se realizó dentro de una muestra exploratoria más amplia, priorizando a migrantes de procedencia boliviana que vivieran en el cordón platense trabajando la hortícultura o floricultura. Las entrevistas se llevaron a cabo en las quintas de lxs participantes y en la biofábrica[2] y sede de una de las organizaciones del sector, grabadas en dispositivos móviles; mientras se tomaban notas en un cuaderno sobre aspectos contextuales, cambios en el tono de voz, silencios, preguntas y otros elementos relevantes. En algunos casos, la cercanía establecida con lxs participantes permitió que se compartieran aspectos de sus historias de vida que no fueron abordados en las entrevistas formales, sino en diálogos informales, los cuales fueron transcritos de manera fiel.

En cuanto a la observación participante, se generó un amplio material a través de conversaciones informales y registros de campo, realizados en diversos contextos: quintas (en espacios productivos y domésticos), sedes de organizaciones, comedores, kioscos, otros comercios, remiserías y vehículos de remises. Un total de 35 personas de entre 9 y 49 años fueron clave en este estudio, todxs migrantes procedentes de Bolivia que trabajaban en la horticultura y la floricultura.

Por último, se trabajó con dos técnicas de etnografía digital: el análisis de un grupo de Facebook denominado "Quinteros La Plata" y el registro de estados de WhatsApp relacionados con la producción. En cuanto al procedimiento, la información recuperada en Facebook se seleccionó de acuerdo con el orden de relevancia determinado por el nivel de interacción de los miembros del grupo, lo que implicó un enfoque exploratorio y no exhaustivo. En el caso de los estados de WhatsApp, estos se han registrado con personas previamente informadas sobre este estudio, con quienes se ha mantenido un diálogo sobre las imágenes compartidas.

2 Las biofábricas son espacios dedicados a la producción y venta de insumos para la producción florihortícola, como biofertilizantes, biopesticidas y microorganismos benéficos de producción natural, por lo que suelen estar asociadas a circuitos de producción agroecológica. En mi trabajo de campo, he participado activamente en una de ellas, por lo cual los registros remitirán de formas reiteradas a este lugar.

En todos los casos, se explicitaron a lxs participantes los objetivos, métodos, destino y tratamiento de la información. Se garantizó el anonimato mediante la modificación de nombres propios y referencias geográficas, de acuerdo con los principios éticos de la investigación cualitativa.

## Coordenadas sobre el género y las masculinidades

Marta Lamas (1986) señaló que desde los primeros estudios antropológicos, como los de Margaret Mead o Ruth Benedict, se supo establecer con claridad que las nociones de masculinidad y feminidad no eran universales ni naturales, sino construcciones culturales que variaban entre sociedades. De allí que tanto varones como mujeres se encuentren inmersxs en una cultura de género que lxs socializa desde la infancia en roles y normas excluyentes (Scott, 1996). Como planteó Gayle Rubin (1996), cada sociedad posee su propio sistema sexo/género, un conjunto de normas mediante las cuales la materia es moldeada por la intervención social, por lo que la subordinación de las mujeres no es algo innato, sino producido a través de las relaciones que organizan y norman la sexualidad y el género. En este sentido, definir al género implica comprender cómo se configuran las actividades, los roles y los valores asignados a lo masculino y a lo femenino, siempre en una relación de mutua implicancia (Ayala Carrillo, 2007). Para Kristi Anne Stølen (2004), en todo sistema de género cada componente se define y es evaluado en relación con el otro, lo cual no se limita a las relaciones interpersonales, sino que estructura colectividades e instituciones formales e informales: las relaciones de género atraviesan toda organización social.

Esta perspectiva se consolidó con los estudios feministas de los años setenta que visibilizaron que las divisiones de género no eran fijas, sino históricas y cambiantes (Lamas, 1986; Rubin, 1996). Sin embargo, mientras las mujeres comenzaron a ser un sujeto explícito de análisis, la masculinidad permaneció durante mucho tiempo como una norma no cuestionada, invisible y asumida como natural (Guttman, 1997). Como sostiene Pablo Scharagrodsky (2004), recién en las décadas de 1980 y 1990 los *Men's Studies* comenzaron a problematizar la masculinidad como una construcción social atravesada por relaciones de poder. Estos estudios insistieron en que el mundo de las mujeres formaba parte del mundo de los varones, rechazando la noción de esferas separadas, dicotomía que no hacía más que perpetuar la ficción de que una esfera tiene poco o nada que ver con la otra (Scott, 1996).

Autores como Raewyn Connell (2003) han propuesto que existen múltiples formas de ser varón, entre ellas una masculinidad hegemónica, dominante y asociada al poder, y otras subordinadas, cómplices o marginales. Esta diversidad se encuentra siempre condicionada por otros ejes como la clase, la etnicidad, la edad o la sexualidad, y en permanente disputa y transformación. Por ello, las

masculinidades deben entenderse como posiciones dentro de relaciones de poder que varían según el contexto y atraviesan desigualdades tanto entre varones y mujeres como entre los propios varones. Aunque pocos encarnen plenamente el ideal hegemónico, muchos lo sostienen simbólicamente (Kunin, 2021).

Rita Segato (2016) afirma que lo masculino se mide en grados ya que se puede ser "*más*" o "*menos*" hombre, y quienes se alejen del ideal violento y heterosexual serán descalificados como "*putos*" o "*no machos*". A diferencia de las mujeres, evaluadas según criterios morales, la masculinidad se legitima a través de la performatividad de la violencia. Para la autora, el patriarcado no constituye simplemente un sistema entre otros, sino la forma más antigua y persistente de jerarquía, anterior al colonialismo o al capitalismo. En esta clave, opera como una tecnología política fundamental para someter pueblos, cuerpos y territorios, y como matriz estructural de todas las formas modernas de dominación.

Con estas nociones establecidas, a continuación presentaré escenas de mi trabajo etnográfico en curso con el fin de profundizar en algunas aproximaciones a las masculinidades en el sector productivo platense.

## Primera escena: el dinero, el alcohol y las redes masculinas entre paisanos

> Entré a la biofábrica un miércoles por la mañana. Allí estaban tres productoras y el pequeño hijo de una de ellas. Mientras yo ingresaba al lugar, Elodia relataba una experiencia ocurrida cuando trabajaba como medianera en una quinta grande. La dueña había contratado a una pareja de peones provenientes del Chaco. El hombre, tras cobrar su jornal, publicó en sus estados de WhatsApp el monto recibido, haciendo alarde del dinero. Esa misma noche, ingresaron a su casilla y le robaron todo.
>
> Abelina, otra productora de 28 años presente, comentó: "*Es muy común entre ellos (los hombres) estar diciendo cuánto sacan de cada cosecha, lo suben a las redes todo el tiempo…*"
>
> A lo que Elodia respondió: "*Entre ellos se comparan. Acá el vecino, que comparte quinta conmigo pero vive en otra casa, siempre que cobra se emborracha y se va al comedor de enfrente a alardear cuánto sacó*" (Registroo de campo, 30 de octubre de 2024).

Este fragmento arroja distintos elementos para caracterizar el modelo de masculinidad en el sector de estudio. Para ello, es necesario señalar primero algunos rasgos estructurales de este contexto. La incertidumbre constituía una condición persistente, lo que confería al momento del cobro un valor simbólico y emocional central. Esto se debe a que los costos de producción y los ingresos presentaban una alta imprevisibilidad, ya que los precios se fijaban en mercados mayoristas sin participación directa de lxs productorxs; y a la vez a que la modalidad de venta más común era a través de consignatarixs e intermediarixs, quienes regresaban días después de recibir la producción para informar el precio obtenido y abonar

lo correspondiente, en lo que se conoce como "*venta a culata de camión*" (García, 2012; Fernández, 2018). Esta estructura contribuía a que el momento del cobro adquiera un carácter altamente significativo.

En segundo lugar, dado que eran mayoritariamente los varones quienes percibían y exhibían dicho ingreso, el acto de cobro no solo representaba el acceso al dinero, sino que constituía además una instancia de afirmación de estatus frente a otros hombres, en el caso señalado, mediante la práctica del alarde. En este sentido, el dinero operaba como símbolo de validación masculina y como recurso para la demostración pública de esa valía. Esta dimensión apareció también en el trabajo de pesquisa digital, donde se observó, por ejemplo, la circulación de imágenes en estados de WhatsApp mediante las cuales los productores mostraban cosechas y embalajes como emblemas de logro y éxito. El trabajo y el esfuerzo, junto con sus efectos materiales como el dinero, constituían un pilar fundamental en la configuración de la identidad masculina y en los procesos de reconocimiento entre pares. Vale decir que las rutinas laborales familiares, sin distinción por género, se caracterizaban por ser extensas, iniciar en la madrugada y prolongarse hasta entrada la noche; aunque estas temporalidades adquirían modalidades diferenciadas según el género. En el caso de las mujeres, el trabajo productivo se encontraba permanentemente solapado con las tareas domésticas y de cuidado, como un *continuum* que atravesaba el durante del trabajo cotidiano. Esto exigía una presencia simultánea, sostenida en distintos registros, que demandaba compromiso, atención y dedicación constante tanto en el espacio productivo como en el reproductivo. En el caso de los hombres, la disciplina aparecía asociada más explícitamente al ámbito laboral-productivo y al espacio público, como un valor constitutivo de las representaciones de masculinidad. Observé particularmente esto en el relato de jóvenes varones que habían regresado a Bolivia para cumplir con el servicio militar obligatorio y, una vez finalizado, volverían a La Plata. La disciplina se asociaba a un ideal masculino valorado y activamente buscado. Mientras que en las mujeres el rigor y la constancia permanecían invisibilizados en el marco de las tareas reproductivas y de cuidado, en los hombres estos atributos adquirían reconocimiento social y se constituían como marcas legítimas de masculinidad.

Resulta significativo traer brevemente el trabajo de María Lagos (2008), quien analizó las relaciones de género en las serranías de Cochabamba, Bolivia, en la provincia de Tiraque, y estudió las formas en que lxs campesinxs vivían y resolvían tensiones surgidas a partir de sus múltiples actividades productivas y reproductivas dentro y fuera de la unidad doméstica. En esta investigación, encontró que la forma que validaban los hombres su ciudadanía era con atributos que las mujeres no deberían tratar de emular, como el pasar por el importante ritual de ser un varón adulto, a través del servicio militar. En su caso de estudio, este pasaje les confería el derecho de ser incluidos en el registro nacional de ciudadanos y recibir un documento de identidad (Lagos, 2008).

En tercer lugar, de la escena analizada se desprende otro elemento relevante como lo es la relación de los hombres entre sí. La práctica de compartir imágenes y encuentros con otros varones configuraba un espacio donde se reforzaban vínculos masculinos y, a la vez, se trazaban fronteras de exclusión hacia las mujeres. Carmen, productora oriunda de La Paz, cuya historia será retomada en la última escena de este trabajo, subrayaba en nuestras conversaciones que su esposo, tras reunirse con otros hombres, regresaba al hogar con nuevas quejas, exigencias y episodios de violencia hacia ella. Michael Kimmel (1997) alude a este fenómeno al describir el rol de los varones como "*policías del género*", es decir, como sujetos que controlan y reafirman el cumplimiento de las normas masculinas. El miedo a que otros perciban una masculinidad insuficiente es compensado con demostraciones intensas que se aprenden y refuerzan en el grupo de pares.

Este fenómeno debe situarse en el marco de una característica distintiva de la migración boliviana: su configuración a través de redes de parentesco y paisanaje. El proceso migratorio ha operado, en muchos casos, mediante un sistema de convocatoria en el que unx conocidx ya insertadx en el circuito convoca a otrxs a sumarse (Isaurralde y Lemmi, 2022). En el interior de estas redes se desplegaban múltiples relaciones de género, observables en testimonios como el de Carmen o en las experiencias compartidas por las mujeres trabajadoras de la biofábrica; es decir, la sociabilidad masculina se daba en el marco de distintas configuraciones sociales de parentesco, parentesco ritual (compadraje, comadraje) y paisanaje.

Por último, un elemento que atravesaba estas prácticas era el consumo elevado de alcohol, contrastante con la casi inexistente presencia de drogas, a diferencia de lo que ocurre en barrios urbanos cercanos a las quintas. Como señalaba Amanda, una productora florihortícola de 29 años: "*Acá el quintero no, no hay droga, pero sí mucho alcohol*" (Registro de campo, junio de 2023). Este patrón de consumo apareció reiteradamente durante mis visitas, tanto en talleres sobre alimentación que organicé como en eventos sociales o encuentros informales. En estos espacios, el alcohol operaba como una práctica socialmente aceptada y parte constitutiva de la sociabilidad masculina. Dentro de la espacialidad de las quintas platenses, el kiosco, pequeño local que solía estar ubicado dentro de alguna quinta donde se vendían galletas, golosinas, cigarros y cerveza, funcionaba como enclave de sociabilidad masculina por las tardes, en que los hombres se juntaban a tomar alcohol luego de "*la carga*" al camión de la producción, como lo registré atravesando algunas de las calles quinteras. Por cuestiones de extensión, no podré abordar en profundidad este tema como sería deseable, a fin de no reproducir sentidos comunes sin el desarrollo que amerita[3].

3 Para profundizar en estudios específicos sobre estas problemáticas se sugiere la siguiente bibliografía: Garriga Zucal (2005), sobre usos y representaciones corporales vinculados al alcohol de los integrantes de una "hinchada" de fútbol; Moreno Cabrera (2020) sobre las representaciones y prácticas sociales alcohólicas de varones y mujeres de un municipio de Yucatán; o Fernández

**Segunda escena: la fuerza como valor productivo y masculino**

Una mañana de febrero me encontraba en la biofábrica conversando con Abelina, la vendedora, mientras repasábamos algunas estrategias para mejorar la venta de los insumos agroecológicos. Yo estaba a cargo de diseñar las etiquetas, y ella, con la experiencia acumulada tras tiempo de atender en el local, me sugirió un cambio: incorporar en las etiquetas alguna referencia explícita a la fuerza o el vigor de los preparados. Me explicó que, cuando los clientes varones llegaban al local, solían insistir en preguntar si tenían a disposición algo "*bien fuerte*" o "*potente*" para las plantas, mostrando cierta desconfianza cuando se les ofrecía algo que descrito como "*natural*" o "*ecológico*". Según ella, estas palabras tendían a reforzar dudas o sospechas sobre la efectividad del producto, sugerencia que conformaba a partir de años de observar y lidiar con las expectativas y las lógicas de consumo de quienes frecuentaban la biofábrica (Registro de campo, febrero 2025). Como fue mencionado al comenzar, durante el trabajo de campo se observó que el uso de biopreparados (y de prácticas agroecológicas en general) se extendía también entre productores convencionales, muchas veces por su bajo costo más que por una identificación explícita con la agroecología. Por eso la escena nos permite pensar que ciertas valoraciones asociadas a la fuerza, la potencia y la eficacia remitían a sentidos más amplios presentes en el mundo hortícola, aunque particularmente relevantes para reflexionar sobre las dimensiones de género implicadas en los procesos agroecológicos.

De allí una dimensión en la construcción de la masculinidad en este sector: la confianza depositada en aquello que se percibía como fuerte, potente y eficaz. Esta lógica se vio reflejada en una frase que elaboró un productor agroecológico durante una reunión: "*Acá sabemos que el hombre cobra y va a comprar sus bidones de veneno, y los carga orgulloso frente a sus paisanos*" (Registro de campo, junio de 2024). Como mencionamos en el apartado anterior, en un contexto atravesado por la incertidumbre económica donde el acceso al dinero adquiría una fuerte carga simbólica, la capacidad de comprar y exhibir determinados insumos funcionaba como una demostración pública de solvencia, experiencia y potencia productiva. La demanda por insumos "*fuertes*" formaba parte de una estructura mayor, resultado de las transformaciones productivas de las últimas décadas en las que, a partir de los años '80, los preceptos de una tardía Revolución Verde reestructuraron el sistema agrícola del cordón platense mediante la expansión de invernaderos y el uso intensivo de paquetes tecnológicos (García, 2012), que incluyeron agroquímicos, fertilizantes, semillas híbridas y otros insumos (Blandi, 2016). Matías García (2016) estudió el rol de dispositivos como las "*agronomías*" (comercios de venta y distribución de insumos) y las "*plantineras*" (productoras de

López y Romo-Avilés (2025) sobre uso de alcohol en espacios de ocio nocturno en la región metropolitana de Barcelona

plantines), cuyxs empleadxs no solo vendían sino que oficiaban de promotorxs del sistema dominante, al haber sido capacitadxs directamente por estas compañías. Estos espacios, además de ser comerciales, eran también sitios de consulta y legitimación técnica, dominados casi exclusivamente por varones: tanto quienes asesoraban como quienes compraban y decidían solían ser hombres. Además, en un contexto donde gran parte de lxs productorxs arrendaban la tierra y debían afrontar pagos mensuales relativamente elevados, la obtención de resultados rápidos y predecibles se volvía una condición de supervivencia económica. De esta manera, la valorización de insumos percibidos como "*fuertes*", "*potentes*" o de acción inmediata se inscribía tanto en una lógica económica de reducción de riesgos como en un universo simbólico donde la capacidad de control, eficacia, potencia, rendimiento y dominio técnico se encontraba estrechamente asociada a la vez que reforzaba ideales de masculinidad.

Esto permite traer la clásica discusión sobre la divisoria entre naturaleza y cultura: lo femenino vinculado a lo natural y la armonía, lo masculino con lo artificial, la política, la técnica (Ortner, 1972). Ha sido estudiado que no todas las sociedades sostienen por igual esas tensiones ni sus valoraciones (Ortner, 2006), siendo que esta oposición entre naturaleza/cuidado y técnica/control no constituye una diferencia "natural", sino una construcción histórica que ha jerarquizado determinados saberes productivos y formas de relación con el ambiente (Shiva, 1988). Esto nos lleva a lo que señala Segato (2016), sobre el hecho que la humanidad del varón está comprometida con el mandato de la virilidad, que lo obliga a mantener atributos de fuerza y potencia en diversas dimensiones, sexual, física, económica, intelectual, moral y política. Esta imposición otorga a los varones una investidura social que requiere, para su mantenimiento, sacrificios constantes, entre ellos el de "*titularse diariamente*", es decir, no caer jamás bajo la sospecha de haber disminuido su masculinidad ante los ojos de sus pares. La expansión del sistema agronómico dominante, entonces, no podría explicarse solo desde la lógica económica: su arraigo se sostuvo en la medida en que supo dialogar con valores masculinos como la autosuficiencia, el rendimiento, el control y la fuerza.

Palermo y Salazar (2016), en un estudio sobre petroleros y mineros en Argentina y México, mostaron cómo las empresas, a través de ciertos métodos organizativos, configuraban disciplinas fabriles que consolidaron una masculinidad asociada al trabajo duro y al orgullo por el rendimiento físico. Estas características, socialmente valoradas, generaron solidaridades masculinas que excluían a las mujeres, distribuían el acceso a recursos y reafirmaban jerarquías de género. En este sentido, resulta pertinente recuperar lo expuesto en la escena anterior respecto del alarde de producción y dinero en redes sociales, donde observamos la articulación entre trabajo, disciplina y reconocimiento masculino. En el caso que aquí analizo, no podría hablarse de una disciplina fabril institucionalizada, ya que no existía un régimen formal que organizara el trabajo, pero si se configuraba un orden productivo basado en la regularidad, el

sacrificio y la competencia, que sostenía una masculinidad orientada a responder a la incertidumbre económica. Esta masculinidad, disciplinada y competitiva, garantizaba tanto la productividad como la validación social de quienes lograran sostenerla.

En esta línea, resulta valioso articular esta discusión con los aportes de Johana Kunin (2021), quien analizó la construcción de masculinidades subalternas en la pampa húmeda. Allí, los varones que participaban en proyectos agroecológicos eran minoría, estigmatizados con expresiones como "*medio putos*", etiqueta que revela la carga simbólica que pesaba sobre quienes se apartaran de los códigos dominantes. A partir de esto la autora propone estrategias comunicacionales alternativas: en vez de enfatizar los efectos sanitarios de los agroquímicos, sugiere apelar al impacto sobre la fertilidad masculina como una vía más eficaz para cuestionar el sistema, dada la centralidad del mandato viril.

A diferencia de ese contexto, en el cordón platense la adopción de prácticas agroecológicas no implicaba necesariamente una ruptura con los códigos masculinos hegemónicos sino que podía producirse en continuidad con ellos, al posicionar los biopreparados agroecológicos como equivalentes potentes, eficaces y hasta competitivos frente al sistema convencional. Volviendo a la escena que dio inicio a este apartado, el pedido de Abelina respecto al diseño de etiquetas nos trae la pregunta por la estrategia de incorporar estos códigos asociados a la fuerza y la potencia en las instancias de formación y comunicación agroecológica. Tal como señalaron investigaciones previas (Baldini, 2020), en este sector la agroecología no siempre aparece como una opción contrahegemónica ni cuestiona en forma directa las nociones de género. Las escenas etnográficas apuntan la importancia de reconocer la multiplicidad de sentidos que adquiere la agroecología en contextos locales ya que, para muchxs productorxs, puede significar simplemente una vía para sortear los límites del sistema convencional, reemplazando insumos por otros menos costosos o riesgosos, pero igual de eficaces. Allí radica parte del arte etnográfico: identificar y comprender los anclajes locales desde los cuales pensar intervenciones, acordes a las realidades de quienes producen.

## Tercera escena: las relaciones de pareja en las quintas platenses

Era una tarde de otoño cuando llegué al recinto ubicado fuera de la vivienda de una quinta. Allí estaban reunidas Carmen (45), Amanda (27), Elodia (49) y Noemí (28). La conversación giraba en torno a la situación de Carmen, quien deseaba separarse de su esposo pero no había logrado que le tomaran la denuncia en una comisaría de la ciudad de La Plata. Su deseo surgía de un largo período en que el hombre se ausentaba de la casa para estar con otras mujeres, recayendo todo el trabajo quintero (además del de cuidados) en Carmen. En Argentina, existe

un andamiaje institucional y legislativo atado a esta cuestión, ya se que en el año 2009 se sancionó la Ley Nº 26.485 de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres, reconociendo la violencia como una problemática estructural basada en relaciones desiguales de poder y desplazándola del ámbito exclusivamente privado hacia el terreno de las políticas públicas. En la provincia de Buenos Aires donde se emplaza este estudio, este proceso se profundizó con la implementación de la Ley Micaela para el Estado provincial, capacitación obligatoria en género y violencia de género (Ley Nº 15.134) y con la creación, en 2019, del Ministerio de las Mujeres, Políticas de Géneros y Diversidad Sexual (actual Ministerio de Mujeres y Diversidad) mediante la Ley Nº 15.164.

En la comisaría a la que fue Carmen argumentaban que, por ser extranjera, no la iban a atender, aludiendo que si quería separarse podía optar por abandonar la casa llevándose sus hijxs. Mientras Carmen relataba esta escena, Amanda tomó la palabra y compartió su experiencia familiar: contó que su padre, alcohólico, hace algunos años había dejado de trabajar con su esposa, mientras mantenía relaciones con otras mujeres. Sin embargo, en esta historia, la intervención de la psicóloga de la escuela local marcó un punto de inflexión ya que según Amanda, gracias a ese acompañamiento, su padre dejó el alcohol, comenzó a apoyar a su madre e hijas, y lograron recomponer la convivencia. Mientras narraba, añadió: *"Yo veo que a veces el hombre de campo necesita que venga uno de la ciudad, porque a ese sí lo respeta y le hace caso."* Carmen la escuchaba con una expresión fija, casi admirativa, que dejaba entrever que, a pesar del maltrato psicológico, el consumo de alcohol y las infidelidades, no deseaba realmente separarse. Esto parecía expresar el anhelo de lograr reconducir el vínculo de pareja como la madre de Amanda.

Al retirarnos, Amanda me dijo en voz baja: *"Es que ella no quiere separarse, es raro que la mujer quiera, porque lo necesita. Es distinta la vida en el campo... yo veía que en la ciudad no comparten tanto, no almuerzan juntos... acá sí, se comparte en familia. Acá una está todo el día con el hombre, y todas las actividades las hacés juntos"* (Registro de campo, abril de 2025).

En esta escena, sobresale la centralidad atribuida a la vida de pareja y familiar expresada en prácticas como compartir las comidas, trabajar en conjunto y permanecer durante todo el día en compañía del esposo e hijxs. Este "*compartir*" operaba como norma valorada y como organizador cotidiano. Como señalan Trpin y Diez (2024), el concepto de "*trabajo familiar*" suele asociarse a la cooperación, sin considerar las jerarquías y desigualdades internas a cada unidad productiva. Al respecto, la literatura feminista ha cuestionado la naturalización de la familia como unidad universal, señalando la necesidad de atender a sus configuraciones situadas (Collier et al., 1997). En el cordón platense, el concepto de familia encubría una pluralidad de formas, desde la familia nuclear madre-padre-hijxs, hasta familias monoparentales, abuelas que asumen el rol de madres,

y redes extensas de parentesco y paisanaje. A la vez, la edad de formación de parejas heterosexuales era relativamente baja, y durante el trabajo de campo fui interpelada en varias ocasiones por no tener hijxs, a mis 31 años. En una ocasión, un hombre comentó sin rodeos: *"Ya estás pasadita"* (Registro de campo, febrero de 2025).

En la conformación de estas parejas, los varones solían tomar la iniciativa desde edades muy tempranas. Un día, al acompañar a dos hermanas de la escuela a su quinta, observé cómo un grupo de niños saludaba a una de ellas, Juana (9 años), con gestos y comentarios que la incomodaban: *"Hablan cosas de grandes y yo soy una niña, son cinco los varones de mi curso que me dijeron de ser la novia"*. Este relato, se entrelazaba con lo dicho por Elodia sobre el padre de Juana, quien, ya a los 11 años en Bolivia, *"acosaba a sus hijas*". Estos pasajes expresan formas en que la seducción masculina se ejercía desde la infancia, configurando procesos de socialización diferencial entre niños y niñas (Scharagrodsky, 2007). Estudios sobre ruralidades latinoamericanas han señalado la persistencia de modalidades tempranas de constitución de vínculos sexoafectivos en estos sectores (Mindek, 2018). Un estudio de Tapia Ladino (2011) investigó las relaciones de género entre migrantes de origen boliviano en Madrid, afirmando que las relaciones de género que predominaban antes de la partida, en la sociedad boliviana (que establecían la situación de subordinación de las mujeres y propiciaban la mantención de la jerarquía patriarcal), no eran revertidas por el mero hecho de cruzar fronteras, aunque sí aparecían ajustes y acomodos que daban lugar a nuevos aprendizajes en los hombres y la oportunidad de transformar las formas predominantes de esa relación jerarquizada, especialmente por parte de las mujeres. Por eso, interesa analizar las dinámicas de pareja no como atadas a un origen nacional específico, sino interrogarlas en tanto parte de configuraciones históricas más amplias y, especialmente, anudadas a las exigencias productivas que hacían de la asociación entre personas una condición necesaria para el trabajo de la tierra, institucionalizándose en la ya conocida expresión de la pareja heterosexual.

En otro momento, durante un taller de género promovido por una entidad gremial de la que participé, algunas productoras actuaron una representación donde una pareja lograba reconciliarse luego de una pelea, para seguir trabajando la tierra. Se enfatizaba la idea de "*trabajar a la par*" y resolver conflictos a través del diálogo. Quienes actuaban diferenciaban explícitamente su enfoque de discursos "*de la ciudad*", que, según ellas, promovían una postura "*anti-hombres*". La escena generó fuerte aprobación entre lxs presentes (Registro de campo, junio de 2022), lo cual revelaba los discursos morales y normativos pero también los deseos que circulaban sobre la pareja y la familia. Estas enunciaciones deben ser ubicadas en un contexto atravesado por la presencia de agendas feministas en Argentina para el período, marcado por la expansión de la llamada "*Marea Verde*", discusión pública en torno a la legalización del aborto y la consolidación de una cuarta ola feminista con fuerte centralidad urbana. En este período,

organizaciones estatales, gremiales y universitarias intervinieron activamente en espacios rurales y periurbanos a través de talleres, capacitaciones y dispositivos de sensibilización en torno a las desigualdades de género. La escena nos permite pensar los procesos de apropiación de esos discursos, en el que se reconfiguraban y tensionaban estos sentidos.

Sin embargo, también observé escenas de violencia explícita. En una ocasión, dos adolescentes discutían en la calle, ella lloraba y se sujetaba el abdomen; él avanzaba, insultándola, sin mirarla. Una productora comentó: *"Ella le ruega, él no se inmuta. Pasa siempre"*. Rosmery (42), otra quintera, me relató una vez cómo las infidelidades de su marido la sumían en crisis, tras las cuales volvía con él. Su nuera, Silvia (23), incluso luego de obtener una perimetral, reincidía en la relación afectiva con su agresor.

Esto nos señala dos procesos entrelazados: formas diversas de violencia, y vínculos de pareja de dependencia. Segato (2016) ha nombrado este entramado como "*pedagogía de la crueldad*", y sostiene que, en contextos de desposesión económica y simbólica, la violencia aparece como vía para restaurar la potencia masculina. El mandato de masculinidad es tan opresivo que lleva a muchos varones a la desesperación al no poder cumplirlo, marco en que la violencia hacia las mujeres actúa como forma de compensación.

En paralelo, la dependencia femenina se expresaba en lo emocional, lo económico, lo simbólico. Las historias de Carmen, Rosmery, Silvia, e incluso la adolescente, mostraban que el deseo no era finalmente separarse, sino que el otro, varón, cambie. Esta dependencia se veía reforzada por la precariedad de las mujeres en términos laborales y patrimoniales: muchas no participaban de las decisiones productivas ni tenían acceso formal a la tierra. Si bien colaboraban en casi todas las tareas del ciclo productivo, se tendía a ubicar a los varones como interlocutores válidos y propietarios mientras que en el plano doméstico, las tareas del cuidado seguían recayendo casi exclusivamente en ellas, sin ser reconocidas como trabajo, aunque fueran esenciales para la reproducción laboral del sector (Ambort, 2019; Insaurralde y Lemmi, 2022).

En el trabajo citado de Marta Lamas (2008), la autora señaló que, en el principio de complementariedad extendido entre su sector de estudio en Bolivia, subyacía una relación de jerarquía. Ella profundizó en este principio que se simbolizaba en el concepto *qhariwarmi* (hombre/mujer en quechua), en el cual la pareja se percibía como la base del bienestar de la unidad doméstica, de la familia y de la comunidad. Sin embargo, se trataba de formas de masculinidad y feminidad culturalmente valorizadas que se apoyaban en estereotipos idealizados, que asociaban a los hombres con la producción, la propiedad de la tierra, la sindicalización y el mundo público de la política formal; y a las mujeres con lo doméstico, el hogar y las actividades productivas y reproductivas de la unidad

doméstica. Lagos señaló que estas imágenes estereotipadas afectaban la manera en que hombres y mujeres se representaban entre sí, y, aunque se escondieran bajo la idea de complementariedad, eran jerárquicas, expresado en el control que tienen los hombres sobre las mujeres, en la violencia hacia ellas y en el acceso desigual a los recursos (Lagos, 2008).

Las mujeres permanecían la mayor parte del tiempo en las quintas, salían poco y, cuando lo hacían, eran usualmente acompañadas por sus maridos. Esto disponía una baja sociabilidad femenina y una autonomía limitada, que a su vez restringía su acceso a roles de mayor jerarquía, formación o participación social (Trpin y Diez, 2024). En muchos talleres de agroecología, pude observar cómo la asistencia de las mujeres se veía interrumpida por la necesidad de "*pedir permiso*". Marcela Lagarde (2005) conceptualizó estos procesos como "*cautiverios*": formas de confinamiento social y simbólico que limitan la autonomía vital de las mujeres, y que ellas pueden incluso reproducir voluntariamente, por internalización de mitos y mandatos patriarcales. Como señala Stølen (2004), en contextos rurales, la hegemonía masculina muchas veces no se impone por la fuerza, sino por consenso y valores compartidos, en los que las mujeres negocian, disienten y resisten desde espacios difusos y no confrontativos.

Vale retomar aquí la distinción que Amanda formuló entre "*hombres de campo*" y "*hombres de ciudad*". Esta diferenciación revela que, al analizar construcciones de género en el cordón platense, es indispensable considerar los procesos de racialización. Incluso cuando algunxs migrantes alcanzaran cierta movilidad social, la figura del inmigrante permanecía ligada al trabajo provisorio y su aceptación estaba condicionada al rendimiento laboral (Trpin y Pizarro, 2017).

Durante una visita al servicio municipal de atención ante violencia de género, acompañé a Carmen, quien había relatado la negativa de la comisaría de tomarle la denuncia por ser extranjera. La trabajadora social que nos atendió ofreció iniciar un acompañamiento, aunque también expresó: *"Lo que le pasa es cultural, en el norte, en Bolivia, Paraguay, Brasil, los hombres son muy machistas. Tienen muchas mujeres, toman mucho... por su cultura es así."* (Registro de campo, mayo 2025). No me detendré aquí en discutir en profundidad la culturalización de la diferencia ni la ausencia de formación intercultural en estos espacios, reconociendo, de igual forma, la tarea de quienes sostienen políticas sociales en contextos de vaciamiento público, como el que atraviesa Argentina este último tiempo. Sin embargo, esta escena permite señalar dos cuestiones centrales. Por un lado, el proceso de extranjerización que este tipo de discursos refuerzan, alimentando una lógica de segregación racial y simbólica. Por otro, el efecto de clausura que produce esta mirada: si el problema es la "*cultura*", entonces no hay intervención posible. Esta operación no solo reproduce estigmas, sino que desactiva los procesos de transformación que justamente buscamos habilitar.

La situación de Carmen permite observar que las definiciones sobre qué constituye violencia y cuándo una situación se vuelve denunciable se construyen entre distintos campos de valoración. Desde el punto de vista normativo, la Ley N.º 26.485 define la violencia doméstica como aquella ejercida dentro del grupo familiar que afecte la integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial de las mujeres, reconociendo su carácter estructural y multidimensional. En la experiencia relatada, la negativa policial a tomar la denuncia por tratarse de una mujer extranjera muestra cómo el acceso efectivo a derechos se encuentra mediado por jerarquías nacionales y condiciones de vulnerabilidad social. La respuesta de la trabajadora social, por su parte, interpreta la situación desde una clave culturalista, asociando la violencia a formas de masculinidad atribuidas a determinados países o comunidades migrantes. Para Carmen y otras mujeres de las quintas, la violencia aparecía muchas veces ligada a la imposibilidad de sostener el trabajo productivo y la continuidad cotidiana de la unidad doméstica. Las ausencias de los varones, el consumo problemático de alcohol, los vínculos extramaritales, el maltrato o la negativa a trabajar eran mencionados como situaciones que obstaculizaban el laboreo diario, comprometiendo tanto la producción como la persistencia familiar en la quinta.

Para finalizar, es importante señalar que estudios recientes han estudiado experiencias organizativas como las "*rondas de mujeres*" o "*secretarías de género*" impulsadas en movimientos rurales como centrales para habilitar procesos de nombramiento y problematización de violencias previamente vividas en soledad o interpretadas como parte "*normal*" de la vida conyugal (Camera et al., 2019; Condenanza y Ambort, 2020, Pena, 2024). Como señalan las autoras, "*poner nombre*" a situaciones de control, celos, manipulación o dependencia constituye un primer paso para desnaturalizar relaciones de desigualdad históricamente legitimadas en estos sectores (Ambort, 2025).

## Palabras finales

Este artículo aportó una caracterización a los modelos de masculinidades entre productorxs del cinturón florihortícola platense. Con lo visto se recuperó un modelo de masculinidad que si bien posee raíces previas a la experiencia migratoria, en el contexto de la producción florihortícola adquiere ciertas modulaciones específicas, ya que se refuerzan elementos como la disciplina, la fuerza física, la potencia de los preparados y la pertenencia a redes de pares masculinos, donde predominan relaciones de competencia y camaradería entre las que circula la ostentación de dinero, de la cantidad de producción y el alto consumo del alcohol, todo lo cual permite sostener y expandir un sistema productivo altamente intensivo.

Al interior de estas unidades domésticas se configura un tipo de vínculo de pareja heterosexual que combina aspectos de compañerismo con fuertes desigualdades de género: si bien las actividades cotidianas y laborales son realizadas en conjunto, sólo los varones disponen de espacios y tiempos para cultivar su individualidad y sociabilidad con otros hombres. Las mujeres, como ha documentado profusa literatura que antecede, han en cambio permanecido en las quintas, sin tiempo propio y con escasas posibilidades de socialización o expresión. De esta manera el tipo de producción intensiva de este sector, refuerza, a la vez que es retroalimentado, por un modelo de masculinidad que eleva la noción de disciplina, esfuerzo y el alarde de logros masculinos. A la vez, se articula con el rol de las mujeres que permanecen en las quintas y aseguran las tareas reproductivas y de cuidado.

La relación entre géneros involucra elementos de violencia física, económica y emocional, y se ancla en el diálogo que los hombres sostienen entre sí, en su intento por afirmarse y triunfar en un espacio altamente segregador. Estas prácticas se inscriben en un contexto racializado y clasista que condiciona las condiciones materiales y simbólicas de vida de quienes habitan el sector, configurando articulaciones particulares entre patriarcado, racismo y desigualdad social. En este marco, las experiencias de discriminación y desvalorización que atraviesan las familias forman parte de los escenarios donde determinadas formas de afirmación masculina se ponen en juego y adquieren centralidad, especialmente en contextos caracterizados por la precariedad, la incertidumbre y las jerarquías étnico-raciales  Al mismo tiempo, este contexto excluyente y racista, dificulta que las mujeres encuentren cauces legales o institucionales de protección: muchas no se atreven a salir, y cuando lo hacen, suelen ser expulsadas o desatendidas por un sistema que no logra acompañarlas integralmente, como el último presentado. En relación a este punto, un tipo de intervención meramente punitiva, como dan cuenta las transgresiones de las propias mujeres a las restricciones perimetrales, resulta insuficiente cuando lo que está en juego son subjetividades desgastadas y dependientes. De este modo, se revela cómo los roles de género en la pareja se construyen en interdependencia, y están marcados por un contexto sociohistórico que reproduce desigualdades y define los espacios y funciones de cada uno.

Más que concluir con certezas, esta investigación invita a pensar posibles líneas de intervención inspiradas tanto en los hallazgos del trabajo de campo como en la participación de la autora en espacios orgánicos del sector. Sin pretensiones de generalización, se sugiere que para configurar una dinámica vincular y genérica más digna, sería valioso promover y sostener espacios que excedan las áreas estrictamente reproductivas y productivas, habilitando encuentros con otrxs que permitan compartir dimensiones de la vida más allá del trabajo. Las experiencias sugieren la potencia de talleres, jornadas y espacios continuos de formación en género, con especial cuidado en las palabras y formas utilizadas, y con anclajes sociales locales: familias, quintas y productorxs que ya funcionan

como referentes, en sintonía con la trama de paisanaje que organiza la sociabilidad del sector. Apoyarse en esa trama comunitaria podría ser clave para expandir aprendizajes y acompañar transformaciones.

Asimismo, se vislumbra la necesidad de capacitar en perspectiva de género e interculturalidad a lxs agentes del sistema judicial y de atención, para garantizar respuestas no discriminatorias, en el marco de laimplementación efectiva de la Ley Micaela Nº 15.134 y la Ley N° 26150/2006 de Educación Sexual Integral (ESI). Todo esto debería ir acompañado por dispositivos comunitarios de atención psicológica accesible, que reconozcan las particularidades del sector, en línea con los principios de la Ley Nacional N°26.657/2010 de Salud Mental.

Estos procesos podrían crear condiciones materiales, simbólicas e institucionales para que las mujeres expresen libremente sus deseos, necesidades y proyectos, fortaleciendo su autonomía; así como repensar y construir espacios de sociabilidad masculina e intergeneros, para profundizar en sus deseos, emociones, angustias y alegrías. Esto, porque, enunciar las violencias que atraviesan a los hombres, junto a sus mandatos de disciplina, no basta. Tampoco alcanza con reconocer que se trata de un modelo relacional que distribuye a mujeres y varones en posiciones funcionales a una producción intensiva, exigente y marcada por la segregación. Resulta necesario también ahondar en sus proyectos de vida, sueños y aspiraciones; explorar cómo sienten, desean y padecen en este contexto. Por lo pronto, esta indagación se detiene aquí, con la expectativa de avanzar en futuros trabajos, y, eventualmente, en intervenciones, que sean tan justas como necesarias.

## Referencias

AMBORT, María Eugenia (2024). Una mirada feminista de la 'escalera boliviana'". Trayectorias hortícolas de mujeres quinteras en el Gran La Plata, Argentina. *Revista Española De Sociología*, 33(3).

AMBORT, María Eugenia (2025). "Abrir los ojos, abrir la mente": feminismo campesino y reflexividad. *Revista Estudos Feministas*, 33(3).

AYALA CARRILLO, María Del Rosario (2007). Masculinidades en el campo. *Ra Ximhai Revista de Sociedad, Cultura y Desarrollo Sustentable*, 3(3), 739–761.

BALBI, Fernando (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en Antropología*, 13, 485–499.

BALDINI, Carolina (2020). *Territorio en movimiento: las transformaciones territoriales del Cinturón Hortícola Platense en los últimos 30 años* (Tesis de Doctorado). Universidad Nacional de La Plata.

BENENCIA, Roberto (2006). Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de construcción transnacional y construcción de territorios productivos. En A. Grimson y E. Jelin (Eds.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Prometeo.

BLANDI, María Luz (2016). *Tecnología del invernáculo en el Cinturón Hortícola Platense: análisis de la sustentabilidad y los factores que condicionan su adopción por parte de los productores* (Tesis de Doctorado). Universidad Nacional de La Plata.

CAGGIANO, Sergio (2023). Racismo a la argentina: imaginarios en tensión en una sociedad blanca llena de negros. *Tabula Rasa*, 47, 135-159.

CAIMMI, Nuria (2024). La desigualdad racial del modelo agroalimentario: análisis en el cordón fruti-flori-hortícola platense. *Revista Salud Colectiva*, 20.

CAIMMI, Nuria (2025). Sostener la vida y la agroecología: Redes de parentesco, vecindad y paisanaje entre migrantes bolivianxs del cordón productivo sur bonaerense (Argentina). *Revista Latinoamericana De Antropologia Del Trabajo,* 9(20)

CAMERA, Laura Patricia.; MURGA, Carolina; PALLERES BALBOA, Rodrigo; AMBORT, María Eugenia.; GONZÁLEZ, Edgardo Gabriel y HANG, Sofía (2019). Participación de las mujeres en espacios políticos y sociales: el caso de las mujeres agricultoras familiares del periurbano del Gran La Plata. *Brazilian Journal of Development*, 5(10).

COLLIER, Jane, ROSALDO, Michelle y YANAGISAKO, Sylvia (1997). ¿Existe una familia? Nuevas perspectivas en Antropología. En J. Lancaster y M. di Leonardo (Eds.), *The gender sexuality reader*. Routledge.

CONDENANZA, Lucía y AMBORT, Mariana (2020). Las rondas de mujeres agricultoras en La Plata: Sistematización de una experiencia de feminismo y educación popular. *Confluencia de Saberes*, 1(2), 175-190.

CONNELL, Raewyn (2003). La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis* (pp. 31–48). Ediciones de las Mujeres.

FERNÁNDEZ, Lisandro (2018). La exclusión social de los agricultores familiares de La Plata: un análisis del período 2005–2018. *Centro Universitario Regional Zona Atlántica*, 21(2), 106–123.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, Ismael y ROMO-AVILÉS, Nuria (2025). "¿Miramos desde otra vía? Relatos sobre masculinidades, violencias y uso de alcohol en espacios de ocio nocturno en la región metropolitana de Barcelona". *Revista Sudamérica*, 22.

GARCÍA, Matías (2012). *Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos 20 años. El rol de los horticultores bolivianos* (Tesis de Doctorado), La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

GARCÍA, Matías (2016). Surgimiento, dinámica y rol de las plantineras en el aglomerado hortícola de La Plata. *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, (20), 87–102.

GARRIGA ZUCAL, José Antonio (2005). Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de Antropología Social*, 22, 201-216.

GRIMSON, ALEJANDRO. (1997). Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires. *Nueva Sociedad*, 147, 96-107.

GUTTMAN, Matthew (1997). Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *Annual Review of Anthropology*, 26, 385–409.

INSAURRALDE, Nuria y LEMMI, Soledad (2020). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017). En F. Gónzalez Maraschio y F. Villarreal (Comps.), *La agricultura familiar en la interfase rural-urbana* (pp. 1–16). Edunlu.

KIMMEL, Michael (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis* (Cap. 3, pp. 24, 49–62). ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres.

KUNIN, Johanna (2021). Los 'medio putos': masculinidades subalternas y dinámicas de género alternativas en la rural Pampa húmeda argentina (2014–2017). *Historia y sociedad*, (41), 69–92.

LAGARDE, Marcela (2005). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LAGOS, María (2008). Vida cotidiana, ciudadanía y el género de la política. *Cuadernos de Antropología Social, 27*(91), 112.

LAMAS, Marta (1986). La antropología feminista y la categoría 'género'. *Nueva Antropología*, 8(30), 173–198.

MINDEK, Dubravka (2018). "Individualización y transformación de la intimidad en el medio rural mexicano. Un estudio de caso enfocado en parejas conyugales". *Cultura y Representaciones Sociales*, 12(24), 247-272.

MORENO CABRERA, Sergio Andrés (2020). Entre 'saber y no saber tomar': representaciones y prácticas de varones y mujeres sobre el consumo de alcohol en Yucatán. *Salud Colectiva*, 16.

ORTNER, Sherry (1972). Is Female to Male as Nature is to Culture?. *Feminist Studies*, 1(2), 5-31.

ORTNER, Sherry (1974). Entonces, ¿Es la mujer al hombre lo que la naturaleza a la cultura?. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1).

PALERMO, Hernán y LEÓN SALAZAR, Carlos (2016). Trabajo, disciplina y masculinidades: un análisis comparado entre dos industrias extractivas de Argentina y México. *Nueva Antropología*, 29(85), 53–74.

PENA, Mariela (2024). Mujeres campesinas de la agroecología popular: ¿Una praxis emancipadora? La experiencia del MOCASE - Vía Campesina. *Universidad Nacional de Córdoba. Centro de Estudios Avanzados; Astrolabio; 35;* 308-335.

PIZARRO, Cynthia (2014). Redes, espacios sociales transurbanos de los inmigrantes bolivianos en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina. En Roberto Benencia, Andrés Pedreño Cánovas y Germán Quaranta (coords.), *Mercados de trabajo. Instituciones y trayectorias en distintos escenarios migratorios*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

ROCKWELL, Elsie (2009). Reflexiones sobre el trabajo etnográfico. En *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos* (pp. 41–99). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

RUBIN, Gayle (1996). "El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo". En M. Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 35–96). PUEG.

SCHARAGRODSKY, Pablo (2004). Masculinidades valuadas y devaluadas. Tensiones, límites y posibilidades en el ámbito escolar. En R. Baquero, G. Diker y G. Frigerio (Comps.), *Las formas de lo escolar*. Buenos Aires, Argentina: Serie Educación.

SCOTT, James (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265–302). PUEG.

SEGATO, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid, España: Traficantes de sueños.

SHIVA, Vandana (1988). *Mujer, ecología y supervivencia*. Madrid: Horas y Horas.

SOTIRU, Martín Nicolás (2023). "Estrategias territoriales para el impulso de la agroecología en el cinturón hortícola platense: una apuesta a la construcción de un territorio-red". *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, 34, 139-160.

STOLEN, Kristi Anne (2004). De estudios campesinos a estudios de género. En K. A. Stolen (Ed.), *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino* (pp. 19–44). Buenos Aires, Argentina: Antropofagia.

TAPIA LADINO, Marcela (2011). Las relaciones de pareja entre migrantes bolivianos/as en Madrid: ¿cambios, resistencias o continuidades? *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 6(3), 341-371.

TRPIN, Verónica y DIEZ, Carolina (2024). Alimentos, tramas y cuidados desde los espacios rurales: aproximaciones teóricas desde los territorios. En S. Logiovine y V. Bianqui (Comps.), *Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias* (pp. 17–44). RED Editorial.

TRPIN, Verónica y PIZARRO, Carolina (2017). Movilidad territorial, circuitos laborales y desigualdades en producciones agrarias de Argentina: abordajes interdisciplinares y debates conceptuales. *REMHU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 25, 35–58

**Legislación:**

*Ley N.º 26.485 de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres*. (2009). Buenos Aires: Boletín Oficial de la República Argentina.

*Ley N.º 15.134 de capacitación obligatoria en género y violencia de género para el Estado provincial (Ley Micaela)*. (2019). La Plata: Boletín Oficial de la Provincia de Buenos Aires.

*Ley N.º 15.164 de creación del Ministerio de las Mujeres, Políticas de Géneros y Diversidad Sexual*. (2019). La Plata: Boletín Oficial de la Provincia de Buenos Aires.

*Ley N.º 26.150 de Educación Sexual Integral*. (2006). Buenos Aires: Boletín Oficial de la República Argentina.

*Ley Nacional N.º 26.657 de Salud Mental*. (2010). Buenos Aires: Boletín Oficial de la República Argentina.